

PERTURBACION SOLAR

Arthur C. Clarke

El enorme disco de la vela se hallaba tenso en su aparejo, henchido ya por el viento que soplaba entre los mundos. Tres minutos después iniciaría su carrera, aunque ahora John Merton se sentía más relajado, más sosegado que en cualquier otro momento del pasado año. No importaba lo que ocurriese cuando el comodoro diera la señal de partida, tanto si *Diana* lo llevaba a la victoria, como a la derrota, habría realizado su ambición. Tras una vida dedicada a diseñar naves para los demás, ahora se disponía a conducir la suya propia.

—Tenemos dos minutos—dijo la radio de la cabina— Por favor, confirmen cuando estén listos. Uno por uno respondieron los restantes patrones. Merton reconoció todas las voces—algunas tensas; otras, tranquilas, pues eran las de sus amigos y rivales. En los cuatro mundos habitados apenas habían veinte hombres que pudieran manejar un yate solar. Y allí estaban todos, en la línea de salida o a bordo de las naves de escolta, en órbita a veintidós mil millas sobre el Ecuador.

—Número uno, *Gossamar*. . . ¡listo para partir!

—Número dos, *Santa María*. . . ¡todo dispuesto!

—Número tres, *Sunbeam*. . . ¡preparado!

—Número cuatro, *Woomera*. . . ¡todo en orden!

Merton sonrió al oír aquel eco de los días heroicos de la astronáutica. Pero era algo que se había convertido en una tradición del espacio y a veces el hombre necesitaba evocar el recuerdo de quienes le habían precedido en su marcha a las estrellas.

—Número cinco, *Lebedev*. . . ¡estamos preparados!

—Número seis, *Arachné*. . . ¡en orden!

Luego le tocaba a él, el último de la fila. Resultaba raro pensar que las palabras que pronunciaba desde su cabina iban a ser oídas lo menos por cinco mil millones de personas.

—Número siete, *Diana*... ¡listo para zarpar!

—Comprobado, gracias —respondió la voz impersonal desde la lancha del juez—. Tenemos un minuto.

Merton apenas lo oyó, puesto que estaba efectuando la comprobación final de la tensión del aparejo. Las agujas de los dinamómetros estaban firmes; la inmensa vela se hallaba tirante, con su superficie de espejo centelleando al sol.

Merton, que flotaba ingrávigo entre el periscopio, tenía la sensación de que llenaba el firmamento, y en realidad casi lo hacía... pues eran cincuenta millones de pies cuadrados de vela los que estaban sujetos a su cápsula por casi cien millas de aparejos. Las lonas de todos los clípers que antaño surcaron los mares de China, cosidas a una sola vela gigantesca, no podrían compararse con la que el *Diana* había desplegado bajo el Sol. Sin embargo, era poco más consistente que una pompa de jabón porque aquellas dos millas cuadradas de plástico aluminizado tenían un espesor de solo una millonésima de pulgada.

—"T" menos diez segundos, en marcha todas las cámaras filmadoras.

A la mente le resultaba difícil imaginar algo tan enorme y delicado a la vez y más aún el que aquel frágil espejo habría de ser el motor que impulsaría la nave lejos de la Tierra al captar la luz solar.

—... ¡cinco, cuatro, tres, dos, uno, corten!

Siete cuchillas hendieron los siete tenues cabos que sujetaban 109 yates a las naves nodrizas que los habían reunido y atendido.

Hasta aquel momento, los yates habían ido contorneando la Tierra en rígida formación y ahora empezaron a dispersarse a semejanza de las semillas de polen a merced de la brisa. El vencedor sería el primero que pasara ante la Luna.

Al parecer, a bordo del *Diana* nada sucedía. Pero Merton sabía que sí; aunque su cuerpo no sintiera impulso alguno, el panel instrumental le decía que estaba acelerando a casi una milésima de gravedad. Aquella cifra habría sido ridícula para un cohete... pero era la primera vez que un yate solar la había alcanzado. El diseño del *Diana* era perfecto, la vasta vela cumplía de acuerdo con sus cálculos. A aquel paso, dos vueltas a la Tierra le darían la velocidad de escape... y entonces podría poner rumbo a la Luna, con toda la potencia del Sol respaldándole.

Toda la potencia del Sol... Sonrió veladamente al recordar sus intentos por explicar la navegación solar a los oyentes de sus conferencias en la Tierra. Aquel fue el único medio de conseguir dinero al principio. Podría muy bien haber sido el diseñador-jefe de la Sociedad Cosmodine, con toda una serie de logradas aeronaves en su haber, pero su empresa no se había mostrado precisamente entusiasmada con su idea.

—Tiendan las manos al Sol—decía él—. ¿Qué notan? Calor, desde luego. Pero también hay presión... aún cuando por ser tan leve no se percaten de ello. En la superficie de sus manos llega a ser de una millonésima de onza.

"Pero, allá en el espacio, hasta una presión tan pequeña puede ser importante... ya que actuaría incesantemente, hora tras hora, día tras día. A

diferencia del combustible de un cohete, es libre e ilimitada. La podemos emplear si lo deseamos; podemos construir veleros que capten la radiación emanada del Sol.

Al llegar a aquel punto de su disertación sacaba unos cuantos metros cuadrados de material y lo arrojaba hacia el auditorio. La película plateada flotaba ondulante como el

humo, para elevarse luego lentamente hacia el techo, empujada por las corrientes de aire cálido.

—Ya ven cuán ligero es este material —continuaba—. Una milla cuadrada pesa sólo una tonelada y puede acumular cinco libras de presión de radiación. De esta forma empezará a moverse... y podremos conseguir que nos remolque, si sujetamos un aparejo a él.

"Desde luego, su aceleración será pequeña... aproximadamente de una milésima de "g", lo cual, aunque no parece mucho, veamos lo que supone: Pues que en el primer segundo nos moveremos aproximadamente un quinto de pulgada. Como vemos, un caracol robusto podría hacerlo mejor. Pero al cabo de un minuto habremos cubierto seis pies y marcharemos a algo más de una milla por hora, lo cual no está nada mal para algo impulsado únicamente por la luz solar. Al cabo de una hora nos encontraremos a cuarenta millas de nuestro punto de partida y moviéndonos a una media de ochenta. Como recordarán, en el espacio no existe fricción, de modo que cuando uno comienza a moverse ya no se detiene. Quedarán sorprendidos ustedes cuando les diga la velocidad a la que se mueve nuestra nave velera al final de un día de recorrido. ¡Casi dos mil millas por hora! Y si parte de una órbita circunferencial, como desde luego ha de hacerlo— puede alcanzar la velocidad de escape en un par de días. ¡Y todo ello sin quemar una sola gota de combustible!

Bueno, lo cierto es que al final convenció a todos, hasta a los de la Cosmodine. En el transcurso de los veinte últimos años había nacido un nuevo deporte, llamado "el deporte de los multimillonarios", lo cual era verdad... pero estaba empezando a rendir en publicidad y televisión. En esta carrera se jugaban el prestigio cuatro continentes y dos mundos, y tenía la mayor audiencia conocida en la historia.

La salida del *Diana* había sido buena; llegó el momento de echar un vistazo a los contrincantes. El movimiento era suave. No obstante, haber unos parachoques absorbentes entre la cápsula de mando y el delicado aparejo, estaba resuelto a no correr riesgo alguno. Merton se colocó ante el periscopio.

Allá estaban sus competidores, semejantes a extrañas flores de plata, plantadas en los oscuros campos del espacio. El yate más próximo, el *Santa María*, se hallaba sólo a cincuenta millas; parecía la cometa de un niño... pero una cometa de más de una milla de lado. Más lejos, el *Lebedev*, de la Universidad de Astrogrado, daba la impresión de una cruz de Malta, al parecer las velas que formaban los cuatro brazos podían ser inclinadas para fines de gobierno. En contraste, el *Woomera*, de la Federación de Australasia, era un simple paracaídas de cuatro millas de circunferencia. El *Arachné*, de la

Sociedad General de Astronáutica, semejaba —como indicaba su nombre— una tela de araña... y había sido construida de acuerdo con el mismo principio, mediante lanzaderas-robot, trazando espirales desde un punto central. El *Gossamer*, de la Corporación Euroespacial, era de diseño idéntico, aunque a escala ligeramente más reducida. Y el *Sunbeam*, de la República de Marte, era un anillo liso, con un boquete de media milla de anchura en el centro, que giraba lentamente de forma que la fuerza centrífuga le daba rigidez. Merton estaba completamente seguro de que los coloniales se encontrarían en dificultades cuando empezaran a dar la vuelta.

Pero esto no ocurriría hasta dentro de otras seis horas, cuando los yates hubiesen recorrido el primer cuarto de su lenta y majestuosa órbita de veinticuatro horas. Aquí, al comienzo de la carrera, todos marchaban en línea recta alejándose del sol... corriendo, por decirlo así, impulsados por el viento solar. Había que cubrir la etapa mayor antes de que los yates se ladeasen al otro lado de la Tierra y enfilaran de nuevo rumbo al Sol.

Era el momento de hacer la primera comprobación—se dijo Merton— cuando no existía ninguna dificultad. A través del periscopio efectuó un minucioso examen de la vela, concentrándose en los puntos donde se sujetaba el aparejo. Los cabos de los obenques —estrechas tiras de película plástica— habrían resultado completamente invisibles de no

estar revestidos de pintura fluorescente. Ahora eran tensas líneas de luz coloreada, que se desvanecía en cientos de metros en dirección a la gigantesca vela. Cada cual tenía su

propia cabria no mucho mayor que el carrete de una caña de pescar. Las pequeñas cabrias giraban continuamente cobrando o amollando cabos, mientras el piloto automático mantenía la vela en ángulo correcto respecto al Sol.

Era maravilloso contemplar el juego de la luz solar sobre el gran espejo flexible. Ondulaba en lentas y majestuosas oscilaciones, enviando a la periferia múltiples imágenes del Sol mientras navegaba a través de los cielos, hasta que se desvanecían en los bordes de la vela. En aquella vasta y tenue estructura eran de esperarse tales pausadas vibraciones; por lo general inofensivas, aunque Merton las vigilaba cuidadosamente, ya que podía provocar las catastróficas ondulaciones llamadas culebros, que podían desgarrar y destrozarse una vela.

Una vez hubo comprobado que todo estaba en orden, movió el periscopio en torno al firmamento, para comprobar de nuevo la posición de sus rivales. Era la que esperaba: había empezado el proceso de selección y las embarcaciones menos buenas quedaban rezagadas. Pero la prueba real comenzaría cuando pasaran ante la sombra de la Tierra; entonces, la maniobrabilidad contaría tanto como la velocidad.

Aunque pudiera parecer raro pensar en eso ahora que sólo había comenzado la carrera, podría ser una buena idea echar una cabezadita. Las tripulaciones de dos hombres de las otras embarcaciones podían hacerlo por

turno, pero Merton no tenía a nadie para relevarle. Tenía que fiarse de sus propios recursos físicos... como aquel otro navegante solitario, Elisha Slocum, en su pequeño *Spray*. El patrón americano circunnavegando la Tierra, a buen seguro no soñaría siquiera con que dos siglos después otro hombre navegaría sin ayuda de la Tierra hacia la Luna... inspirado, por lo menos en parte, en su ejemplo.

Merton sujetó en torno a su cintura y piernas las correas elásticas del asiento de la cabina y se colocó en la frente los electrodos del inductor de sueño. Puso el despertador para dentro de tres horas y se relajó.

Suave e hipnóticamente, las pulsaciones electrónicas latieron en los lóbulos frontales de su cerebro. Abigarradas espirales luminosas se expandieron bajo sus cerrados párpados, extendiéndose hacia el infinito. Luego, nada...

El estridente tintineo metálico del timbre de alarma lo arrancó de su dormir sin sueños; se despabiló al instante y su mirada escudriñó el panel instrumental. Solo habían pasado dos horas... pero una luz roja fulguraba en el acelerómetro. El impulso descendía, el *Diana* iba perdiendo potencia.

Lo primero que pensó Merton fue que algo le había ocurrido a la vela; quizás habían fallado los dispositivos estabilizadores y se había doblado el aparejo. Comprobó rápidamente los contadores que median la tensión en los cabos de los obenques. Era raro, en una parte de la vela su anchura era normal... mientras que en la otra el tirón decrecía lentamente aunque a ojos vistas.

Adivinando la verdad de pronto, cogió el periscopio, lo enfocó con visión de gran campo y empezó a escudriñar el borde de la vela. Sí... allá estaba la avería, y sólo podía tener una causa.

Una sombra inmensa y de recortados bordes había comenzado a deslizarse a través de la reluciente plata de la vela. La oscuridad iba cayendo sobre el *Diana*, como si una nube se cruzara entre el yate y el sol. Y en la oscuridad, privado de los rayos que lo impulsaban, perdería toda fuerza y derivaría sin remedio por el espacio. Pero, naturalmente, allí, a más de veinte mil millas sobre la Tierra, no había ninguna nube. Si se proyectaba alguna sombra tendría que ser artificial.

Merton hizo una mueca al dirigir el periscopio hacia el Sol, después de acoplarle los filtros que le permitieron mirarlo de lleno su fulgurante rostro sin quedar cegado.

—Maniobra 4-a—murmuró para sí—. Ya veremos quién puede jugar mejor este juego.

Parecía como si un planeta gigante pasara en aquel momento ante la cara del sol. Un gran disco negro había mordido profundamente su borde. A veinte millas a popa, el *Gossamer* intentaba crear un eclipse artificial... especialmente destinado al *Diana*.

La maniobra fue perfectamente legítima en los lejanos tiempos de las competiciones oceánicas, los patrones intentaban a menudo taparse mutuamente el viento. Con un poco de suerte se podía dejar en calma chicha a un rival, con sus velas colgando flácidas... y adelantándosele antes de que pudiera reparar el daño.

Merton no pensaba en modo alguno dejarse atrapar con tanta facilidad. Tenía aún bastante tiempo para llevar a cabo una acción evasiva. Las cosas discurrían muy lentamente cuando se viajaba en un velero solar. Transcurrirían por lo menos veinte minutos antes de que el *Gossamer* pudiera deslizarse por completo ante el Sol y dejarle en la oscuridad.

El minúsculo computador del Diana —del tamaño de una caja de cerillas, pero equivalente por su eficacia a mil matemáticos humanos— consideró el problema durante un segundo y seguidamente relampagueó la respuesta. Tenía que abrir los paneles de mando tres y cuatro, hasta que la vela adquiriese una inclinación extra de veinte grados; luego, la presión de la radiación le alejaría de la peligrosa sombra del *Gossamer* y le devolvería a plena luz del Sol. Era una lástima interferir en el piloto automático, que había sido cuidadosamente programado para dar el curso más rápido posible... después de todo, para eso estaba allí. Aquello era lo que hacía de la regata solar más deporte que una batalla de computadoras.

Los cabos de mando exteriores del uno al seis ondulaban voluptuosos como somnolientas serpientes al perder momentáneamente su tensión. A dos millas, los paneles triangulares empezaron a abrirse con pereza, derramando luz solar por la vela. Sin embargo, durante largo rato nada pareció suceder. Resultaba difícil acostumbrarse a aquel mundo de lento movimiento en el que transcurrirían varios minutos antes de que pudieran hacerse visibles los efectos de cualquier acción. Merton comprobó poco después que efectivamente la vela iba inclinándose hacia el Sol... y que la sombra del *Gossamer* se apartaba, su cono de oscuridad perdido en la más profunda noche espacial.

Mucho antes de que se desvaneciese la oscuridad y se hiciera visible de nuevo el disco del Sol, invirtió la inclinación y entonces el Diana recuperó su rumbo. El nuevo impulso le llevaría fuera del peligro; no convenía exagerarlo, y si se hacía excesivamente a un lado trastocaría sus cálculos. Era otra regla que resultaría difícil de aprender por experiencia. En el espacio tan pronto como se iniciaba un movimiento había que empezar inmediatamente a detenerlo.

Volvió a disponer la alarma para la siguiente emergencia natural o artificial—quizás el *Gossamer*, o alguno de los otros competidores, intentase de nuevo el mismo truco. Había llegado entretanto la hora de comer, aún cuando no tenía mucha hambre. Se gastaba poca energía física en el espacio, y era fácil olvidarse de la comida. Fácil... y peligroso, porque si se presentaba una emergencia era posible que se careciera de las reservas físicas necesarias para afrontarla.

Abrió el primero de los paquetes de alimentos e inspeccionó su contenido sin entusiasmo. El nombre de la etiqueta "Bocadillos Espaciales" invitaba ya a dejarlo para otro momento. Y tenía serias dudas sobre la promesa que se leía

abajo: *Garantizado el no desmigajamiento*. Se decía que las migajas constituían para los vehículos espaciales un peligro mayor que los meteoritos. Podían verse arrastradas a los sitios más inverosímiles y provocar cortocircuitos, bloquear chorros vitales y penetrar en instrumentos que se suponía debían estar herméticamente cerrados.

Sin embargo, las salchichas de hígado se las zampó bastante bien, así como el chocolate y el puré de piña. El envase de plástico con el café estaba calentándose en el hornillo eléctrico cuando el mundo exterior irrumpió en su soledad. Le llamaba el operador de radio de la lancha del Comodoro.

—¿Doctor Merton? Si dispone usted de tiempo, Jeremy Blair desearía intercambiar unas cuantas palabras con usted.

Blair era uno de los más acreditados comentaristas de noticias y Merton había intervenido varias veces en su programa. Podía negarse a ser entrevistado, desde luego, pero apreciaba a Blair y, como es natural, en aquel momento no podía esgrimir la excusa de estar demasiado ocupado.

—De acuerdo—respondió.

—Hola, doctor —dijo el comentarista—. Me alegro de que me conceda unos minutos. Y enhorabuena... por ir usted a la cabeza de la competición.

—Es demasiado pronto para asegurarlo. El juego no ha hecho más que empezar, como quien dice—respondió cautamente Merton.

—Dígame, doctor... ¿por qué decidió usted tripular solo el *Diana*? ¿Acaso porque no se ha hecho nunca antes?

—Bueno, ¿no sería una excelente razón? Pero no ha sido la única. —Hizo una pausa, escogiendo cuidadosamente las palabras—. Ya sabe usted hasta qué punto el comportamiento de un yate solar depende de su masa. Un segundo hombre a bordo, con todo su equipo, significaría otras quinientas libras. Eso podría suponer fácilmente la diferencia entre ganar o perder.

—¿Está usted completamente seguro de que puede manejar solo al *Diana*?

—Razonablemente seguro, gracias a los mandos automáticos que he diseñado. Mi tarea principal consiste en la supervisión y en tomar decisiones.

—Pero... ¡dos millas cuadradas de vela! ¡No parece posible que un hombre pueda arreglárselas con todo esto!

Merton rió.

—¿Por qué no? Esas dos millas cuadradas producen un máximo tirón de sólo diez libras. Puedo hacer más fuerza con mi dedo meñique.

—Bien, gracias doctor. Y buena suerte.

Al terminar su transmisión el comentarista, Merton se sintió algo avergonzado de sí mismo, pues su respuesta había sido sólo parte de la verdad y estaba seguro de que Blair

era lo bastante listo como para saberlo.

Había una razón suprema por la que estaba allí solo en el espacio. Durante casi cuarenta años había trabajado con un equipo de cientos e incluso miles de hombres, ayudando a diseñar los vehículos más complejos del mundo. En los últimos veinte años había dirigido uno de esos equipos y visto volar sus creaciones hacia los astros. Sufrió fracasos que nunca olvidaría, aún cuando él no hubiese tenido la culpa. Era famoso con una carrera de éxitos tras de sí. Sin embargo, nunca había hecho nada por sí mismo; siempre había sido uno de los miembros de un ejército.

Esta era su auténtica y última oportunidad de conseguir un éxito individual y no lo quería compartir con nadie. No habría más competiciones de yates solares por lo menos durante cinco años, pues de momento tocaba a su fin el período de calma del Sol y comenzaría el ciclo del mal tiempo, con tormentas de radiación estallando a través del sistema solar. Y para cuando, de nuevo, estuviera él en disposición de aventurarse, sería demasiado viejo. Si es que no lo era ya...

Tiró los envases vacíos de los alimentos al dispositivo de desperdicios y volvió de nuevo al periscopio. Al principio sólo pudo divisar a cinco de los yates rivales; no había señal alguna del *Woomera*. Tardó varios minutos en localizarlo... como un vago fantasma ocultando la luz de las estrellas prendido en la sombra del *Lebedev*. Pudo imaginar los frenéticos esfuerzos que estarían realizando los australianos para zafarse de la sombra, y se preguntó cómo habrían podido caer en la trampa. Aquello significaba que el *Lebedev* era extraordinariamente maniobrable; habría que vigilarlo, aún cuando estuviese demasiado lejos como para amenazar al *Diana* por el momento.

Entretanto, la Tierra casi se había desvanecido, hasta convertirse en un diminuto y brillante arco luminoso que se movía constantemente hacia el Sol. Opacamente perfilado contra aquel arco se veía el hemisferio nocturno del planeta, con los puntos fosforescentes de las grandes ciudades acá y allá, a través de los resquicios que dejaban las nubes. El arco de oscuridad había ya borrado una inmensa sección de la Vía Láctea; dentro de pocos minutos iniciaría su intrusión en el Sol.

La luz se iba amortiguando. Un halo crepuscular púrpura —el resplandor de muchas puestas de sol a miles de millas por debajo—tendiase la vela, al deslizarse el *Diana* silenciosamente hacia la sombra de la Tierra. El Sol se desplomaba por aquel invisible horizonte. Súbitamente cayó la noche.

Merton miró hacia atrás, a lo largo de la órbita que había trazado, ya a un cuarto de trayecto en torno a la Tierra. Una a una vio titilar las brillantes estrellas de los otros yates que se habían unido a él en la breve noche. Transcurriría una hora antes de que el Sol surgiera de aquel enorme escudo

negro, y durante todo ese tiempo los yates quedarían completamente desvalidos, deslizándose a la deriva, sin energía impulsora.

Encendió el reflector exterior y barrió con su haz la ya oscurecida vela. Los miles de acres de plástico empezaban a arrugarse y a quedar flácidos; los cabos de los obenques se estaban aflojando y había que procurar que no se enredaran, Pero aquello no era nada inesperado, todo marchaba de acuerdo con lo previsto.

A cincuenta millas a popa, el *Arachné* y el *Santa María* no tenían tanta suerte. Merton supo de sus dificultades cuando sonó la radio en el círculo de emergencia.

—Número Dos, Número Seis... aquí Control. Marchan en derrota de colisión. Sus órbitas se interseccionarán en sesenta y cinco minutos. ¿Necesitan ayuda?

Se abrió una larga pausa mientras los dos patronos digerían estas malas noticias. Merton se preguntó a quién habría que censurar; quizás un yate había tratado de ensombrecer al otro y no había completado la maniobra antes de entrar ambos en la oscuridad. Y no había tampoco nada que pudieran hacer; iban convergiendo, lenta, pero inexorablemente, incapaces de variar el rumbo ni en una fracción de grado.

Sin embargo... ¡sesenta y cinco minutos! Eso les sacaría de nuevo a la luz del Sol, al salir de la sombra de la Tierra. Aún tenían una ligera probabilidad, si es que sus velas podían captar la energía suficiente para evitar la colisión. A bordo del *Arachné* y del *Santa María* sus tripulantes debían estar entregados a frenéticos cálculos.

El primero en responder fue el *Arachné* y su contestación fue exactamente la que Merton había esperado.

—Número Seis llamando a Control. No necesitamos ayuda, gracias. Resolveremos la situación nosotros mismos.

"Me extraña", pensó Merton. Pero al menos sería interesante presenciarlo. El primer drama real de la carrera se estaba aproximando... exactamente sobre la línea de media-

noche de la durmiente Tierra.

Durante la hora siguiente, su propia vela mantuvo a Merton demasiado ocupado como para preocuparse del *Arachné* y del *Santa María*. Resultaba difícil gobernar bien aquellos cincuenta millones de pies cuadrados de plástico inmerso en la oscuridad e iluminado sólo por su pequeño reflector y los rayos de la aún distante Luna. De ahora en adelante y durante casi media órbita en torno a la Tierra, debía mantener toda aquella inmensa superficie enfocada hacia el Sol. Durante las próximas doce o catorce horas, la vela sería un estorbo inútil, porque él se hallaría proa al Sol y sus rayos únicamente podían impulsarle hacia atrás, a lo largo de su órbita. Era una lástima que no pudiese

plegar completamente la vela hasta estar en condiciones de emplearla de nuevo. Pero nadie había descubierto todavía una manera práctica de hacerlo.

Allá abajo despuntaba la primera pincelada del alba, a lo largo del borde de la Tierra. Dentro de diez segundos emergería el Sol de su eclipse y los yates que iban deslizándose por el impulso adquirido cobrarían nueva vida en cuanto la ráfaga de radiación alcanzara sus velas. Este sería el momento de crisis para el *Arachné* y el *Santa María*... y, en realidad, para todos.

Merton giró el periscopio hasta detenerse en las dos sombras que marchaban a la deriva con las estrellas por fondo. Ambas embarcaciones estaban muy juntas... quizás a una distancia entre sí de menos de tres millas. Podría, pensó, reequilibrarse la situación.

El alba fulguró como una explosión a lo largo de la Tierra, al levantarse el sol sobre el Pacífico. Las velas y cabos y obenques brillaron carmesíes brevemente, para teñirse después de oro y destellar luego con la llamarada de la pura y blanca luz del día. Las agujas del dinamómetro empezaron a alejarse de su cero... pero sólo un poco. El *Diana* permanecía aún casi ingravido pues, con la vela apuntando al Sol, su aceleración era ahora sólo de unas millonésimas de gravedad.

Pero el *Arachné* y el *Santa María* trataban de que su vela ejerciera la máxima fuerza en su desesperado intento de mantenerse separados. Ahora, a menos de dos millas entre sí, se desplegaron con angustiosa lentitud sus nubes de plástico al sentir el primer delicado empuje de los rayos del Sol. Casi todas las pantallas de televisión de la Tierra estarían presenciando aquel prolongado drama y era imposible predecir, ni siquiera en el último minuto, cuál iba a ser el desenlace.

Los patrones eran hombres obstinados. Cada uno de ellos podría haber arriado sus velas y rezagado para dar al otro una oportunidad; pero ninguno de los dos quería hacerlo. Se hallaba en juego demasiado prestigio, demasiados millones y demasiadas reputaciones. Y así, silenciosa y suavemente, como copos de nieve cayendo en una noche invernal, el

Arachné y el *Santa María* chocaron.

La cometa cuadrada serpenteó casi imperceptiblemente dentro de la tela de araña circular; las largas tiras de los cabos de los obenques se retorcieron y enzarzaron con la lentitud de un sueño. Y hasta a bordo del *Diana*, Merton, ocupado en su propio aparejo, apenas pudo apartar la vista de aquel silencioso desastre.

Durante más de diez minutos siguieron emergiendo, en inextricable masa, las nubes ondulantes y brillantes. Luego se soltaron las cápsulas de la tripulación y cada una se fue por su lado, separadas por centenares de metros. Con un destello de cohetes, las lanchas de salvamento se apresuraron a ir a recogerlas.

"Quedamos cinco", pensó Merton. Sintió pena de aquellos patrones que se habían eliminado mutuamente. Sólo pocas horas después del comienzo de la carrera, pero eran jóvenes y ya tendrían otra oportunidad.

En unos minutos los cinco se redujeron a cuatro. Merton había dudado desde el comienzo de la capacidad viradora del *Sunbeam*. Ahora se veían justificadas sus dudas.

El yate marciano había fallado en girar adecuadamente; su giróscopo le había dado demasiada estabilidad. Su gran anillo de vela se volvía cara al Sol, en vez de hallarse de canto. Estaba siendo devuelto hacia atrás según su trayectoria casi a la máxima aceleración.

Era lo más desastroso que podía ocurrirle a un patrón... peor aún que una colisión; pero sólo podía reprochárselo a sí mismo. Mas nadie sintió mucha simpatía hacia los fracasados coloniales, cuando desaparecieron lentamente a popa. Sus declaraciones fueron en exceso jactanciosas antes de la carrera y lo que les pasaba tenía todo el carácter de unajusticia poética.

Sin embargo, eso no eliminaba del todo al *Sunbeam*. Con casi media milla de recorrido aún por cubrir, podía seguir adelante e incluso en el caso de que hubiesen más bajas, ser el único en acabar la carrera. No sería la primera vez que ocurriese.

Las siguientes doce horas transcurrieron sin novedad; la Tierra asomaba su creciente en el firmamento. Había poco que hacer mientras la flota derivaba en torno a la mitad sin energía de su órbita, pero Merton no encontró el tiempo ni pesado ni enojoso. Durmió unas cuantas horas, efectuó dos comidas, escribió su "Diario" de vuelo y fue el protagonista de algunas entrevistas más por radio. En raras ocasiones hablaba a los otros patrones con los que intercambiaba saludos y amistosas bromas. Pero la mayor parte del

tiempo se sentía contento de flotar en ingrátido relajamiento, apartado de las cuitas de la Tierra, más feliz de cuanto lo había sido en muchos años. Era —tanto como un hombre

podía serlo en el espacio—dueño de su propio destino, gobernaba la nave en la que había derrochado habilidad, pericia y amor, que había llegado a convertirse en una parte de su propio ser.

El siguiente accidente se produjo cuando cruzaban la línea entre la Tierra y el Sol e iniciaban la mitad energética de la órbita. A bordo del *Diana*, Merton vio como se ponía rígida la gran vela al ladearse para captar los rayos impelentes. La aceleración empezó a subir desde las microgravidades, aunque pasarían aún horas antes de que alcanzara su grado máximo.

Nunca sería alcanzado por el *Gossamer*. Siempre es crítico el momento en que la energía vuelve a manifestarse, y aquella nave no pudo sobrepasarlo.

El comentarista Blair puso en guardia a Merton con nuevas noticias.

—¡Hola, *Gossamer*, está culebreando!

Se precipitó el periscopio, pero no pudo ver nada de particular en el gran disco circular de la vela del *Gossamer*. Era difícil distinguirla, pues estaba casi de canto con respecto a él; y parecía como una tenue elipse; luego pudo ver que aleteaba en irresistibles oscilaciones. Si la tripulación no lograba dominar aquellas ondas, la vela se destrozaría.

Pusieron en ello todo su empeño, al cabo de veinte minutos parecían haberlo logrado. De pronto, en alguna parte del centro de la vela, comenzó a rasgarse la película de plástico que fue impelida lentamente al exterior a causa de la presión de la radiación, lo mismo que ocurre con la voluta de humo de una fogata. Y en el lapso de un cuarto de

hora sólo quedaba el delicado trazado de los espolones radiales que habían soportado la gran trama. Vióse de nuevo un destello de cohetes, al trasladarse una lancha a recuperar la cápsula del *Gossamer* y a su abatida tripulación.

—Nos estamos quedando solos acá arriba, ¿no es así? —oyóse una voz en la onda de comunicaciones de embarcación a embarcación.

—Usted no, Dimitri—replicó Merton—. Aún tiene compañía allá al final del campo. Yo soy el único solitario aquí delante.

No era jactancia. Por entonces, el *Diana* se hallaba a tres millas por delante de su inmediato seguidor y su ventaja aumentaría con mayor rapidez todavía en las horas siguientes.

A bordo del *Lebedev*, Dimitri Markoff lanzó una risita maliciosa. No parecía en absoluto ser hombre que se resignara a la derrota.

—Recuerde la fábula de la tortuga y la liebre—respondió el ruso—. En el próximo cuarto de millón de millas pueden suceder muchas cosas.

Y, en efecto, la primera ocurrió mucho antes que eso, cuando completaban la primera órbita a la Tierra atravesando de nuevo la línea de salida... aunque a miles de millas más arriba, gracias a la energía extra que les habían procurado los rayos solares. Merton se entretuvo fijando la posición de los demás yates y puso las cifras en la computadora. La respuesta que éste dio para el *Woomera* era tan absurda que efectuó inmediatamente una nueva comprobación.

No cabía duda... los australianos estaban adquiriendo una velocidad fantástica. Tal vez ningún yate solar podía alcanzar tal aceleración, a menos que...

Una rápida mirada por el periscopio dio la respuesta: el aparejo del *Woomera*, reducido a su mínima expresión de masa, había cedido. Era sólo la vela, que conservaba aún su forma, la que corría desbocada tras él, lo mismo que un pañuelo arrastrado por el viento. Pero mucho antes de eso los australianos se habían unido ya a la incrementada tripulación que se encontraba a bordo de la lancha del comodoro.

Así pues, ahora quedaba campo libre entre el *Diana* y el *Lebedev*, puesto que aunque los marcianos no habían abandonado, se encontraban a mil millas a popa, y no supondrían ya una seria amenaza si llegara el caso. Era difícil ver lo que podría hacer el *Lebedev* para sustituir al *Diana* en la cabeza de la carrera. Lo cierto es que durante todo el trayecto de la segunda vuelta—de nuevo subiendo el eclipse y el largo y lento derivar contra el Sol—Merton sintió una creciente inquietud.

Conocía a los pilotos y diseñadores rusos. Durante veinte años habían estado tratando de ganar aquella carrera, y, después de todo, sería justo que lo lograsen; ¿acaso no había

sido Pyotr Nikoloyevich Lebedev el primero en detectar la presión de la luz del Sol, ya en el mismo comienzo del siglo XX? Sin embargo, no lo habían conseguido nunca.

Y tampoco dejarían jamás de seguir intentándolo. Dimitri estaba urdiendo algo... algo que sería espectacular.

A bordo de la lancha oficial, a mil millas detrás de los yates concursantes, el comodoro Van Stratten miró el radiograma con enojo y consternación. El mensaje había recorrido más de cien millones de millas, desde la cadena de observatorios solares que colgaban sobre la ígnea superficie del Sol, y traía las peores noticias que pudieran imaginarse.

El comodoro —título meramente honorario, ya que en la Tierra era profesor de Astrofísica en Harvard—casi las había estado esperando. Nunca hasta entonces se había organizado la carrera en época tan tardía; habían sido muchas las demoras, se habían arriesgado y ahora podían perderlo todo. Muy abajo de la superficie del Sol se estaban agrupando enormes fuerzas. En cualquier momento podía producirse una espantosa explosión que liberaría la energía de un millón de bombas de hidrógeno. Un invisible globo de fuego, de muchas veces el tamaño de la Tierra, remontándose a millones de millas por hora, brotaría del Sol y bombardearía el espacio.

Probablemente la nube de gas electrificado marraría por completo la Tierra. Sea como fuere llegaría allí en sólo un día. Las astronaves podrían protegerse de ello gracias a su blindaje y a su poderosa pantalla magnética. Pero los yates solares, de ligera construcción, con sus tenues cascos, se hallaban indefensos contra tal amenaza. Habría que sacar de ellos a las tripulaciones y abandonar la carrera.

John Merton no sabía aún nada de esto cuando dirigía al *Diana* por segunda vez en torno a la Tierra. Si todo iba bien, aquel sería el último circuito, tanto para él como para los rusos. Había trazado una espira de miles de millas en lo alto, tomando los rayos solares. En esta etapa habían de escapar por completo de la Tierra... y poner rumbo al exterior,

en el largo trayecto a la Luna. A partir de aquí sería una carrera directa. La tripulación del *Sumbeam* había acabado por retirarse agotada, tras haber luchado valientemente con su vela giroscópica durante más de cien mil millas.

Merton no se sentía cansado; había comido y dormido bien y el *Diana* se estaba comportando admirablemente. El piloto automático, tensando el aparejo como una pequeña y laboriosa araña, mantenía la gran vela orientada al Sol con más precisión que cualquier patrón humano. Aunque por entonces las dos millas cuadradas de plástico habían sido acribilladas ya por centenares de micrometeoritos, los pinchazos del tamaño de la cabeza de un alfiler no habían conseguido aún que disminuyera su impulso

Pero le preocupaban dos cosas; La primera de ellas, el cabo del obenque número seis, que no podía ser ya ajustado debidamente. Sin señal previa alguna, el carrete se había atascado, a pesar de todos los adelantos de ingeniería astronáutica, los soportes se agarrotaron en el vacío. No podía lascar ni recoger el cabo, por lo cual habría de limitarse a navegar lo mejor posible con los demás. Afortunadamente, ya había realizado las maniobras más difíciles. En adelante, el *Diana* tendría al sol detrás y navegaría directamente con el viento solar. Y, como los antiguos marinos dijeron a menudo, es fácil manejar una embarcación cuando el viento sopla por encima del hombro.

Su otra preocupación era *Lebedev* que seguía pisándole los talones a trescientas millas a popa. El yate ruso había mostrado una extraordinaria maniobrabilidad, gracias a los cuatro grandes paneles que podían ser inclinados en torno a la vela central. Todos sus movimientos, al circunvalar la Tierra, habían sido efectuados con enorme precisión, mas para ganar en maniobrabilidad, había tenido que sacrificar velocidad. No podían conseguirse ambas cosas. En el largo y recto recorrido que quedaba, Merton debía mantener su velocidad. Sin embargo, no podría estar seguro de la victoria hasta dentro de tres o cuatro días. El *Diana* pasó como una exhalación ante el extremo opuesto de la Luna.

Y de pronto, a las cincuenta horas de carrera, a punto de cumplirse ya la segunda órbita en torno a la Tierra, Markoff soltó su pequeña sorpresa.

—Hola John —dijo despreocupadamente por el circuito de embarcación a embarcación—. Me gustaría que viese esto. Podría parecerle interesante.

Merton se volvió hacia el periscopio y le dio el máximo aumento. Allá, en el campo visual, formando un espectáculo de lo más inverosímil contra el fondo estrellado, se veía la reluciente cruz maltesa de *Lebedev*, muy pequeña, pero muy nítida.

Mientras la contemplaba, los cuatro brazos se despegaron del cuadro central y fueron de

espacio con todos sus espolones y aparejos. Markoff había soltado toda la masa innecesaria, ahora estaba alcanzando la velocidad de escape y no necesitaba ya navegar pacientemente en torno a la Tierra, ganando ímpetu de movimiento a cada circuito. En adelante, el *Lebedev* sería casi ingobernable... pero eso no tenía importancia. Todo el velamen había quedado tras él. Era como si un patrón de yate de los antiguos tiempos arrojara por la borda cuanto

le pareciese inservible, sabedor de que iba viento en popa por un mar en calma.

—Enhorabuena, Dimitri—radió Merton—. Es un buen arte. Pero no lo suficiente... no le bastará para darme alcance.

—¡Oh, todavía no he acabado! —respondió el ruso—. Cuentan en mi país un antiguo relato sobre un trineo perseguido por los lobos. Para salvarse, el conductor se va desprendiendo, uno tras otro, de todos los pasajeros. ¿Ve usted la analogía?

Merton lo comprendió muy bien. En su etapa final, Dimitri no necesitaba ya de un copiloto. En realidad el *Lebedev* podía ser desmantelado por la acción.

—Alexis no estará muy conforme con ello—replicó Merton—. Además, va contra las reglas.

—Desde luego, Alexis no está conforme, pero yo soy el capitán. Sólo tendrá que esperar diez minutos por ahí hasta que el comodoro le recoja. Y en cuanto a las reglas, no dicen

nada sobre el número de tripulantes... usted debería saberlo.

Merton no respondió. Estaba demasiado ocupado realizando algunos presurosos cálculos, basados en lo que sabía del diseño del *Lebedev*. Al terminar, comprendió que la pelota estaba aún en el alero. El *Lebedev* le alcanzaría en el momento en que él esperaba pasar ante la Luna.

Pero el resultado de la carrera empezaba a decidirse ya, a noventa y dos millones de millas de allí.

En el Observatorio Solar Tres, muy en el interior de la órbita de Mercurio, los instrumentos automáticos registraron la historia de la llamarada: Cien millones de millas cuadradas de la superficie del Sol explotaron de súbito furiosamente; la inmensa llamarada blanquiazul hizo que el resto del disco palidciera hasta adquirir un opaco fulgor. Fuera de aquel hirviente infierno, retorciéndose y girando como un ser viviente en los campos magnéticos de su propia creación, se remontaba el plasma electrificado de la inmensa llamarada. Delante de ella, moviéndose a la velocidad de la luz marchaba el fogonazo indicador de los rayos ultravioleta y X. Aquello alcanzaría la Tierra en ocho minutos, y era relativamente inofensivo. No así los cargados átomos que seguían detrás, a su pausada velocidad de cuatro millones de millas por hora... y que, en el lapso de un día, anegarían al *Diana* y al *Lebedev* y a su pequeña flota acompañante con una nube de radiación letal.

El comodoro aplazaba su decisión para el último minuto. Aún cuando el chorro de plasma había sido rastreado ante la órbita de Venus, existía una probabilidad de que no diera con la Tierra. Pero cuando estuvo a menos de cuatro horas y fue captado por la red de radar con base en la Luna, vio que no había esperanza alguna. Toda navegación solar quedaba ya descartada para los próximos cinco o seis años, hasta que el Sol se calmara de nuevo.

Un gran suspiro de desilusión se extendió a través del Sistema Solar. El *Diana* y el *Lebedev* se hallaban a medio camino entre la Tierra y la Luna, en un codo a codo... y ahora nadie podría saber cuál de las dos era la mejor. Los entusiastas discutirían el resultado durante años; la historia simplemente: "Carrera suspendida a causa de una tormenta solar".

John Merton, al recibir la orden, sintió una amargura que no había conocido desde la niñez. A través de los años veía instintivamente el recuerdo de su décimo cumpleaños. Le habían prometido un modelo exacto, a escala, de la famosa astronave *Morning Star*, y durante semanas había estado pensando en cómo la montaría y dónde la colgaría de su dormitorio. Pero luego, en el último momento, su padre destruyó sus ilusiones. "Lo siento, John... cuesta demasiado dinero. Tal vez el año próximo".

Medio siglo después, volvía a ser un chico con el corazón destrozado.

Por un momento pensó en desobedecer la orden. ¿Y si navegando hacía caso omiso de lo dispuesto? Y si aún abandonado continuara la carrera, podría efectuar un cruce hasta la Luna que quedaría inscrito en los anales durante generaciones.

Pero aquello sería peor que una estupidez. Sería un suicidio... una forma muy desagradable de suicidio. Había visto a hombres morir víctimas de la radiación, al fallar en el espacio el blindaje magnético de sus naves. No... no merecía la pena atreverse a tanto.

Lo sintió por Dimitri Markoff tanto como por sí mismo; ambos habían merecido ganar, y al final la Victoria no sonreiría a ninguno de los dos. Nadie podía discutir con el Sol en uno de sus momentos de cólera, aún cuando pudiera cabalgar sobre sus haces al borde del espacio.

Sólo a cincuenta millas a popa aparecía la lancha del comodoro, se dibujaba junto al *Lebedev*, dispuesta a sacar a su patrón. Allá fue la vela de plata, cuando Dimitri—con unos sentimientos que él compartía— cortó el aparejo. La minúscula cápsula sería llevada de nuevo a la Tierra, para volver a ser empleada... pero una vela se desplegaba sólo para un viaje.

Podría oprimir el botón de eyección y ahorrar a sus rescatadores unos cuantos minutos. Pero no lo hizo. Quería permanecer hasta el último momento a bordo de la pequeña embarcación que tan gran parte había tenido en sus sueños en su vida. Desplegó la gran vela en ángulos rectos respecto al Sol, lo cual le dio mayor impulso. Hacía tiempo le habían abstraído a la Tierra... y el *Diana* seguía aún ganando velocidad.

De pronto, atropellando todas las dudas y vacilaciones, en un impulso intuitivo, supo lo que debía hacer. Por última vez se inclinó ante el computador que había navegado con

él durante medio trayecto hacia la Luna.

En cuanto hubo terminado, empaquetó el "diario" de vuelo y sus pocos enseres personales, y torpemente —pues estaba desentrenado y no resultaba

fácil tarea el hacerlo uno mismo— se embutió en el traje espacial de emergencia. Estaba acabando de cerrar el casco cuando se oyó por radio la voz del comodoro.

—Estaremos a su lado en cinco minutos. Corte, por favor, su vela para que no choquemos con ella.

John Merton, primer y último patrón del yate solar *Diana*, vaciló por un momento. Por última vez pasó su mirada en torno a la cabina con sus relucientes instrumentos y sus pulcramente dispuestas palancas de mando, cerradas ya en su posición final, y luego dijo por el micrófono:

—Estoy abandonando el yate. Dispónganse a recogerme. El *Diana* puede cuidar de sí mismo.

No hubo respuesta del comodoro, lo cual agradeció en su interior. El profesor Van Stratten supuso, sin duda, lo que estaba ocurriendo y comprendió que deseaba estar solo en aquellos momentos finales.

No se preocupó de vaciar la cámara intermedia, y el chorro de gas, al escaparse, lo puso en el espacio exterior. El impulso que dio con ello al *Diana* era el último presente que le hacía. El yate fue reduciéndose cada vez más en la distancia con su vela brillando espléndidamente a la luz del Sol, aquella luz que sería suya durante los siglos. Dos días después pasaría ante la Luna como una exhalación; pero la Luna, como la Tierra, no podría nunca aprehenderlo. Sin masa propia que pudiera retardarlo, el yate recorrería dos mil millas por hora en cada día de vuelo. Y en un mes estaría navegando a una velocidad mayor que la de cualquier astronave que el hombre pudiera construir jamás.

Al debilitarse los rayos del Sol con la distancia, su aceleración disminuiría. Pero, aún en la órbita de Marte, ganaría mil millas diarias. Y mucho antes de ello, se movería ya demasiado rápidamente como para que ni siquiera el propio Sol pudiera apresarle. Más veloz que cualquier cometa que jamás cruzara los espacios estelares, marcharía directamente al infinito.

El centelleo de cohetes a sólo pocas millas atrajo la mirada de Merton. La lancha estaba acercándose a una aceleración miles de veces mayor que la que el *Diana* pudiera nunca alcanzar. Pero aquellos motores sólo podían funcionar unos minutos, hasta agotar el combustible... mientras que el *Diana* seguiría aumentando su velocidad, impulsado por los eternos rayos del Sol, en épocas venideras.

—Adiós, pequeña nave—dijo John Merton—. ¿Qué ojos te volverán a ver, y a cuántos miles de años desde ahora?

Por fin, cuando el romo torpedo de la lancha apareció junto a él, sintióse en paz. No ganaría nunca la carrera a la Luna, pero su yate sería la primera nave humana que se hi-

ciera a la vela en el infinito viaje a las estrellas...